

nuestra voluntad tiene su nombre particular entre los filósofos; pero en literatura todas se comprenden bajo la denominación general de *pensamientos*; llamándose así *todo lo que un hombre quiere comunicar, cuando habla ó escribe*, ya sean las ideas que tiene de las cosas, ya los juicios que de ellas ha formado, ya los varios afectos que estas ideas y estos juicios han excitado en su corazón.

Los antiguos sofistas, y los retóricos escolásticos sus sucesores, creyeron que se pueden dar reglas para hallar los pensamientos que deben entrar en una composición, y dieron en efecto muchísimas; pero todas inútiles. Ni podía ser de otra manera: el talento, cierta intrucción general, y la particular que exija el género en que se escriba, suministrarán siempre á los autores pensamientos oportunos para llenar sus composiciones; pero sin aquellos tres requisitos todas las reglas de los retóricos no les darán materiales para componer una página (1). Esto es tan evidente, que detenerse á probarlo, sería malgastar el tiempo. Así las únicas reglas útiles que pueden darse acerca de los pensamientos, son relativas á la elección que todo autor debe hacer entre los varios que se le ocurran al tiempo de componer; y estas son precisamente las que no han dado los retóricos ni antiguos ni modernos, aun contando los mejores. Blair ni siquiera ha tocado este punto, tan capital en toda composición; y aunque en algunas Retóricas, en varias obras de crítica y en un tratadito del P. Bouhours se hallan esparcidas unas cuantas observaciones; nadie hasta ahora ha formado un sistema completo de reglas para la elección de los pensamientos. Sin embargo no es difícil fijarlas, observando que la naturaleza misma de las relaciones que establece entre los hombres el don precioso de la palabra, exige que los pensamientos que se comuniquen unos á otros sean *verdaderos, claros, nuevos, naturales, sólidos y acomodados al tono general y dominante* de la alocución en que se quiera introducirlos. Y es de notar, que las reglas que se deducen de este principio, sobre importantísimas, son, como se verá, claras, precisas, terminantes y de fácil aplicación.

1. Sin embargo es innegable que si bien es esencialmente libre el pensamiento, no por eso deja de estar sujeto á ciertas leyes. Conocidas deben ser ya esas leyes cuando Condillac dice que — ha sido menester el trascurso de muchos siglos para al fin llegar á traslucir (ni aun se atrevió á decir *reconocer*) que el pensamiento pudiera estar sujeto á ciertas reglas.

(1) ¿que ~~habían~~ los hombres comunican los pensamientos? 16

magia negra
— 53 —

CAPITULO PRIMERO.

DE LA VERDAD DE LOS PENSAMIENTOS.

Un pensamiento puede ser conforme á la naturaleza de las cosas, ó no serlo. Si lo es, se dice que es *verdadero*: si no lo es, se dice que es *falso*. La regla relativa á estas dos cualidades es, *que en toda composición seria, los pensamientos sean verdaderos, y que se desechen inexorablemente los falsos, por brillantes que parezcan. Rien n'est beau que le vrai*, « no hay belleza sin verdad », dice Boileau, y tiene mucha razón. Pero debe advertirse que la verdad exigida en los pensamientos no es siempre *absoluta*; en muchos casos bastará la *relativa*. Por verdad absoluta se entiende *la conformidad de los pensamientos con la naturaleza de las cosas, cuales existen en realidad, ó han existido*. La relativa es *su conformidad con las cosas cuales deben ó debieron ser, admitidas las suposiciones que es permitido hacer en ciertos casos*. La verdad absoluta es necesaria en las obras que se dirigen principalmente á instruir: en las de entretenimiento, señaladamente en las poéticas, basta por lo comun la relativa. Así, por ejemplo, los pensamientos contenidos en los razonamientos que Virgilio pone en boca de Dido, son relativamente verdaderos, porque son conformes á la situación moral en que el poeta la supone.

La regla que acabo de dar es de continuo uso, y con ella sola, si la tenemos siempre á la vista, evitaremos en nuestras composiciones muchas faltas en la parte de los pensamientos, pues casi todos los que deben ser desechados, quedarán excluidos con solo examinar su verdad. Por lo mismo pues que es tan importante, parecia que todo autor la tendria presente al tiempo de componer, y que así era excusado recomendársela; pero la experiencia acredita que, no solo los escritores vulgares, sino tambien los de mediana nota, pecan frecuentemente contra ella, y que aun los mejores se descuidan alguna vez. Plinie el mayor pregunta: *¿Porqué en tiempo de nuestros abuelos la tierra era mas fértil y fecunda?* y responde: *Porque ellos mismos cultivaban sus campos, y la tierra se complacia en ser arada con rejas laureadas, y por hombres que habian obtenido los honores del triunfo. Gaudente terrá vomere laureato, et triumphali aratore* (lib. 18, cap. 3). El primer pensamiento tiene la suficiente verdad, pues en efecto,

que un propietario cultive él mismo sus campos, puede hacerlos mas fértiles, porque los labrará con mas esmero; pero el segundo es evidentemente falso, porque la tierra ni se complace ni se enoja, ni á su fecundidad contribuye que el cultivador haya sido conducido en triunfo al Capitolio. Y aunque en composiciones oratorias y poéticas es permitido atribuir á las cosas inanimadas afectos de alegría, tristeza, ira, odio, amor, etc., no así en una obra de Historia natural, en que se trata de explicar los fenómenos de la naturaleza con buenas razones físicas, no con flores de retórica. Ciceron tiene tambien alguno que otro pensamiento falso. Por ejemplo, ponderando en la oracion *pro Roscio Amerino* lo terrible de la pena á que eran condenados en Roma los parricidas, que era la de ser metidos vivos en un cuero, y bien cosido este por todas partes ser luego arrojados al Tiber; dice que los romanos habian imaginado este suplicio, « porque si exponian los reos á las fieras, estas se harian mas crueles con su contacto: y « si los echaban desnudos al rio, y este los arrastraba en su corriente hasta el mar, los cadáveres de tamaños delinquentes « contaminarian sus aguas. » *Majores nostri, dice, noluerunt feris corpus objicere, ne bestiis quoque, quæ tantum scelus attigissent, immanioribus uteremur: non sic nudos in flumen dejicere, ne, quum delati essent in mare, ipsum polluerunt, quo cætera, quæ violata sunt, expiari putantur.* Estas dos razones son falsas, porque las cualidades morales, buenas ó malas, del hombre que es devorado por una fiera, no hacen á esta mas ni ménos cruel, ni el agua del mar se hace impura, porque caiga en ella desnudo el cadáver de un facineroso. Sin embargo, si hubieran sido estas las razones que los romanos habian tenido presentes para escoger aquel género de castigo, el pensamiento de Ciceron no seria falso en rigor. Lo es, porque siendo otros los motivos de la ley, Ciceron dió por tales dos hechos que carecen de verdad. Era entonces jóven y abusaba de su ingenio, como él mismo lo reconoció y confesó en sus *Tratados retóricos*, hablando del aplauso que obtuvo sin merecerlo este pasaje de su oracion. Nuestro Cervántes se descuidó tambien en esta parte alguna vez. Contando Cardenio su historia (*Quijote*, parte 1, cap. 27) dice: *Y en entrando por estas asperezas (las de Sierra Morena) del cansancio y de la hambre se cayó mi mula muerta; ó lo que yo mas creo, por desechar tan inútil carga como en mí llevaba.* Lo primero es lo cierto, la segundo falso y falsísimo. La pobre mula no

sabia si la carga que llevaba era inútil, ó no; ni se murió por echarla de sí, sino por falta de alimento. Y no se diga que Cardenio estaba loco, porque aquí se supone que habla en razon, ni que el Quijote es una obra jocosa, porque este pasaje es serio. Lo que hay que decir es, que Cervántes pagó tambien tributo al mal gusto que iba ya introduciéndose, cuando él escribió sus obras.

Por ser este punto tan importante, y porque hasta ahora no se han señalado con bastante precision los límites á que está ceñido el uso que puede hacerse de la verdad relativa; se hace necesario fijarlos multiplicando los ejemplos, para que se vea hasta qué punto algunos poetas han abusado de lo que se llama licencia poética. Creyeron sin duda que en su calidad de hijos de Apolo les era todo permitido; y si se les ocurría un pensamiento que á primera vista pareciese nuevo ó ingenioso, no se curaban de que fuese verdadero ó falso, y le adoptaban sin discernimiento. Para preservar pues á los jóvenes de que acaso los imiten en lo que tienen de malo, les prevendremos que la licencia de fingir concedida á los poetas no se extiende mas que á los hechos y sus circunstancias; cuidando sin embargo de que aquellos y estas, si no han existido, hayan podido existir, supuesta la religion ó la mitología que el poeta haya seguido en su poema. Mas inventados ya los hechos y las circunstancias, es menester que cuando el poeta habla ó hace que hablen sus personajes, ni él ni ellos digan absurdos contrarios á la sana razon ó á las leyes de la naturaleza. Por ejemplo, Homero pudo inventar ó inventó muchos sucesos que realmente no hubo en el sitio de Troya, y aun los que en el fondo son acaso verdaderos, los exornó con circunstancias fingidas que los realzasen y engrandeciesen; pero no dice jamas, ni hace decir á sus héroes, sino lo que supuesto el hecho, es rigurosamente verdadero. Virgilio hizo lo mismo en casi toda su *Eneida*, y solo se descuidó en aquel pasaje del libro 10, v. 393, en que hablando de un guerrero á quien habian cortado de un revés la mano derecha, dice que « la mano cortada andaba « buscando, ó echaba de ménos á su dueño, y que sus dedos « ya moribundos se rebullian todavia, y meneaban y revolvia « la espada que tenian empuñada ántes de recibir el golpe. »

*Te decisa suum, Laride, dextera quærit,
Semianimesque micant digiti, ferrumque retractant.*

Esto es no solo falso sino imposible, y no hay licencia poética

que autorice á decir que sucedió *naturalmente* lo que no puede suceder en buena física. Si el poeta supusiese que esta especie de milagro se verificó por la voluntad y disposición de algun dios, la cosa, aunque históricamente falsa, sería poéticamente verdadera; pero referir él como naturalmente verificándose, lo que naturalmente no puede verificarse, fué no tener presente el *incredulus odi* de su amigo Horacio; fué no tener cuidado de aquellos que, como dice este mismo, *humana parum cavet natura*. Para que no se dude de que lo fué, nótese que Homero, de quien Virgilio imitó el pasaje, se limitó á decir (*Iliad.* lib. V. v. 82) que la mano cortada cayó en el suelo ensangrentada. Esto es saber contenerse dentro de los límites que señala la severa razón; esto es tener un gusto tan seguro y un tacto tan fino, que jamas se engaña, ni se equivoca, ni se desliza, ni se extravía; y este solo pasaje bastará para demostrar, si otras mil pruebas no hubiese, que Homero es el modelo de los modelos, á que no llegó su admirable imitador.

Ahora, si Virgilio padeció por distracción semejante descuido, no debemos extrañar que nuestro Lope, muy de propósito, á sabiendas, y creyendo que hacia una gran cosa, buscarse y emplease pensamientos falsos de la misma clase que el de Virgilio. En efecto, en la *Jerusalen*, lib II, hablando de una doncella que toma una lanza para defender su honestidad dice:

Al moro que la trujo dió primero
Albricias con la punta; de tal suerte,
Que viendo á las espaldas el acero.
Dudosa estuvo para entrar la muerte,
Mirando el pecho abierto al golpe fiero,
Y el rojo humor que por la espalda vierte;
Puesto que para entrar se daba prisa,
Estuvo en las dos puertas indecisa.

Esto es falso de toda falsedad. La muerte, que es un ser abstracto, *ni ve, ni mira, ni está dudosa, ni se da prisa para entrar, ni está indecisa entre dos puertas*. Y aunque poéticamente podemos personificarla, y ponerla en acción como si fuese un ente real y vivo, aun entonces es necesario decir de ella cosas racionales, no disparates contrarios al sentido común. Aun es peor la que se lee en el mismo Lope (lib. III). Refiriendo cómo el apóstata D. Remon murió en su lecho, oprimido y ahogado por un tristísimo sueño, añade que ya moribundo

Ase del pabellon, tira, y no puede
Con los abiertos brazos remediarse;

Hablar quiere, no hay lengua, el peso excede;
Ni él puede huir ni el peso aligerarse.
Pues como tanta boca abierta quede,
La muerte quiere por la boca entrarse
Detiéndela la vida, y al encuentro
Aun no saben las dos cuál está dentro

Esto no merece que yo me detenga á criticarlo: cualquiera con solo leerlo, conoce cuán falso es, cuán absurdo y cuán ridículo. Lo que sí debe observarse es que Lope, que copiaba é imitaba lo bueno y lo malo de los antiguos, tomó estos pensamientos de Lucano. Describiendo este en el lib. III. de su *Farsalia* un combate naval, y hablando de un romano que fué herido al mismo tiempo por dos lanzas enemigas que le atravesaron el pecho, dice que « la sangre estuvo perpleja, sin saber por cuál « de las dos heridas saldría. »

Et stetit incertus flueret quo vulnere sanguis.

Y poco mas abajo dice de otro cuyo cuerpo fué tronzado por medio, que « la muerte se detuvo largo rato en la parte en que « estan el pulmon y las entrañas; y despues de haber luchado « mucho con esta parte, al fin con gran trabajo se apoderó de « los otros miembros. »

*At tumidus quo pulmo jacet, quo viscera fervent,
Hæserunt ibi fata diu; luctataque multum
Hæc cum parte viri, vix omnia membra tulerunt.*

No será inútil prevenir que estos pensamientos de Lucano aparecen aun mas falsos en la traduccion de Jáuregui, el cual añadió algunos despropósitos que no hay en el original; como cuando dice del segundo combatiente, que luego que su cuerpo fué partido por medio,

Toda su sangre entonces, desprendida
Por toda vena, el piélagó manchaba;
Y la porcion buscando dividida
Del cuerpo y del espíritu, saltaba.

Esto no está en el latin, en el cual se dice solamente que « el alma (es decir una sustancia sutilísima, pero corpórea, que « es lo que los gentiles entendian por *anima*) la cual circula « ba por los diversos miembros, se halló interceptada por el « agua » que estaba ya interpuesta entre las dos porciones de cuerpo.

*Discursusque animæ diversa in membra meantis
Interceptus aquis.*

Ya se ve que esto, si no es absolutamente verdadero, no es á lo ménos tan falso como el que *la sangre saltaba por el mar buscando la porcion dividida del cuerpo y del espíritu.*

El Taso, escritor por otra parte de finísimo gusto y para mí el tercero de los poetas épicos, tiene sin embargo algunos pensamientos falsos en su *Jerusalén*. Tal es este en el canto octavo, hablando de un guerrero, que aunque cubierto ya de mortales heridas, siguió combatiendo todavía hasta el postrer aliento :

*La vita no, ma la virtù sostenta
Quel cadávere indómito é feroce.*

La vida no, mas el valor sustenta
Aquel feroz é indómito cadáver.

El P. Bouhours censuró este pensamiento como falso, ó mas bien como un vano juguete de palabras, que ó nada dicen, ó presentan un sentido absurdo y contradictorio. Muratori, á fuer de buen italiano, le defiende, y para ello recurre á su metafísica de las imágenes fantásticas; pero, por mas que diga el Sr. Muratori, la razon está por el crítico frances. Es necesario probarlo. Que un poeta al representarse en su enardecida imaginacion un héroe, que lleno ya de heridas, ó, como el Taso dice, *cuyo cuerpo está hecho ya una sola llaga* (dudo que aun en italiano *piaga* y *ferita* sean sinónimos, y que puedan emplearse el uno por el otro) le llame *cadáver*, es una hipérbole muy natural y permitida; pero añadir que este cadáver es *indómito y feroz*, y que *ya no le sostiene la vida sino el valor*, es un *conceito* indigno de un hombre como el Taso. Si ya no le sostiene la vida, será porque está muerto; y si lo está, ya no es indómito ni feroz, ni es capaz de valor. Ni puede sostenerse de pié, ni es nada mas que un *cadáver*. Y no hay fantasías ni imágenes fantásticas que puedan representar como vivo y peleando al que realmente está muerto.

Muchos otros ejemplos de pensamientos falsos pudiera traer tomados de autores nuestros y ajenos; pero basten los ya citados. De pensamientos verdaderos no es necesario presentar ninguno. En los buenos escritores lo son todos ó casi todos. En los dos poemas de Homero, es decir, en mas de treinta mil versos no hay un solo pensamiento falso. En todo Demóstenes no he encontrado ninguno, y en Virgilio y Ciceron acaso no hay mas que los indicados.

Y ¿cómo, al tiempo de escribir, distinguiremos los pensamientos verdaderos de los falsos? ¿Cómo podremos asegurarnos de que aquel que se nos ocurre es ó no conforme á la naturaleza de las cosas? Para esto no hay reglas: el estudio de esta misma naturaleza en general, y el del hombre en particular, son los que en cada circunstancia determinada nos enseñarán á conocerlo.

Se ha prevenido en la regla general que la verdad absoluta ó relativa, es una cualidad necesaria en los pensamientos, cuando la composicion es seria; porque en las jocosas, al contrario el chiste de una ocurrencia consiste á veces en su misma falsedad, cuando se ve que su invencion es hija del ingenio, no de la ignorancia. Por ejemplo, Quevedo, hablando de la bajada de Orfeo á los infiernos, dijo en tono jocoso :

Al infierno el tracio Orfeo
Su mujer bajó á buscar,
Que no pudo á peor lugar
Llevarle su mal deseo.

Cantó; y al mayor tormento
Puso suspension y espanto,
Mas que to dulce del canto,
La novedad del intento.

El triste Dios ofendido
De tan extraño rigor,
La pena que halló mayor
Fue volverle á ser marido.

Y aunque su muger le dió
Por pena de su pecado,
Por premio de lo cantado
Perderla facilitó.

Estos últimos pensamientos son conocidamente falsos; pero en una obra jocosa los hace tolerables el placer que nos causa ver las ingeniosas, aunque falsas, razones que da el poeta para explicar un suceso, que contado seriamente no podia admitirlas.

+ CAPITULO II.

DE LA CLARIDAD DE LOS PENSAMIENTOS

Los pensamientos pueden ser tales, que aquellos á quienes se dirige la alocucion, los entiendan fácilmente y á primera vista; en este caso se dice que son *claros*. Si de una ojeada, por

decirlo así, no es fácil entenderlos, sino que es menester detenerse algún tanto á meditar para descubrir la relacion y enlace de las ideas, se llaman *profundos*. Si aun con muy detenida meditacion fuese difícil encontrar el sentido de un pensamiento, será este verdaderamente *oscuro*. Si la oscuridad proviene de que en él se han mezclado ideas que se debian proponer separadas, se llama *confuso*. Si la confusion fuese tal, que cueste mucho trabajo descomponerle para separar lo que malamente se habia confundido, será lo que se llama *embrollado*. Si la oscuridad, confusion ó embrollo llegase á tal punto, que aun haciendo un prolijo exámen, no quedemos seguros de haber acertado con el sentido, de modo que parezca no que entendemos, sino que adivinamos el pensamiento; tiene este el mayor grado posible de oscuridad, y se llama *enigmático*. La regla en este punto es que *en las composiciones destinadas á la comun lectura, los pensamientos sean tan claros como permita la naturaleza del asunto: que en las que se dirigen á personas de cierta instruccion, no se desechen los profundos, y que en todas se omitan los oscuros y con mas razon los confusos, los embrollados y los enigmáticos.*

De pensamientos claros no hay necesidad de citar ejemplos, porque en los escritores de primer orden lo son todos. En Homero no hay ninguno que no lo sea: hay sí alguna expresion oscura para nosotros, porque siendo ya muerta la lengua griega, no podemos saber á punto fijo el valor exacto de algunas voces; pero el fondo del pensamiento siempre se comprenden de á la primera ojeada.

De pensamientos profundos puede ser muestra aquel hermoso verso de Virgilio (lib. I de la *Eneida*).

Et non ignara mali miseris succurrere disco.

Y como supe ya lo que son males,
Amparar sé tambien al infelice.

Semejantes pensamientos suponen un profundo conocimiento del corazon humano; y así hay mucho de esta clase en las obras de Tácito, el escritor mas profundo de todos los siglos. En los demas se hallan tambien de tiempo en tiempo. Lope en la *Circe* (canto I) tiene uno que puede llamarse tal. Hablando de Euriloco, enviado por Ulises con otros cuantos soldados á reconocer la isla de Circe, dice que llegados al palacio de aquella semidiosa, sus ninfas los recibieron con fingidos halagos; y añade:

Su gente anima Euriloco engañado,

A ver á Circe en tanto mal dispuesto;
Que á quien grandes desdichas ha pasado,
La esperanza del bien le engaña presto.

Este pensamiento es verdaderamente profundo, aunque no tan delicado como el anterior de Virgilio. Mas como en Lope es muy raro que al lado de una cosa buena no se halle otra detestable, este feliz pensamiento está precedido de otros respectivamente oscuros, confusos, embrollados y enigmáticos, ó por mejor decir, de una ininteligible algarabía. Quiriendo al parecer describir la isla de Circe, dice así:

Cerca una isla el mar Tirreno, al monte
Opuesta donde en hierro, en bronce duro,
Estérope feroz, desnudo Bronte
Defensas labran al celeste muro.
Aquí el ardiente padre de Faetonte
A Circe trujo en plaustro mas seguro,
Si el agua del Eridano que inflama
Lámpara de cristal fué de su llama.

Habia dado Circe al rey su esposo
Veneno sin razon, en que descubre
El alma de su pecho cauteloso.
Y el sol con ser tan claro, á Circe encubre,
Que la sombra de un hombre poderoso,
Claro en linaje, mil defitos cubre;
Pues muchas cosas de sufrirse duras
La misma claridad las hace oscuras.

No le recibe en nitido palacio,
Dorado signo que humillando el vuelo,
Nueva eclíptica forma, nuevo espacio
Entre los peces de la mar y el cielo.
Temió Circe el furor del rey sarmacio,
Llamando al claro sol que estaba en Delo;
Temíele con razon, porque sucede
Odio al amor, cuando el agravio excede.

Que habiéndose con ella desposado
Por hermosura humana y luz divina,
Fué quererle matar enamorado,
Del lignaje del sol baja indina.
Un monte que pirámide elevado
El rostro de la luna determina
Verde gigante al sol, bañado en plata,
De sus eclipses el dragon retrata.

Dejemos por ahora los otros defectos de este pasaje, el interrumpir la descripcion para hablar del delito de Circe, el volver á continuarla para interrumpirla de nuevo, las frias moralidades de que está inoportunamente sembrado, la poca conexion

entre las ideas, la confusion que reina en todo él; y veamos solo si hay una persona racional, que pueda entender cómo el agua del Eridano que inflamó Faetonte, pudo ser *lámpara de cristal de su llama*; ni qué quiere decir que *un dorado signo no le recibe en nitido palacio*; y que *humillando el vuelo, forma nueva eclíptica, nuevo espacio entre los peces del mar y el cielo*; ni qué significa *un monte que pirámide elevado determina el rostro de la luna*, y que *siendo gigante al sol, bañado en plata, retrata el dragon de sus eclipses*. Para mí esto es jerigonza, y creo que lo será para todos.

Mas no es Lope el único que así deliraba; lo mismo hacian los demas de sus contemporáneos y los que le sucedieron. Ulloa, despues de haber contado en su *Raquel* como el rey Alfonso salió á caza, y ponderado lo impaciente que estaba por volver á Toledo; dice que entónces empezaba ya el verano, y continúa con la siguiente octava:

Y aunque la hermosa amante ver quisiera
 El calor en la noche remitido;
 No deja su epiciclo, por esfera
 De las divinas luces elegido,
 Que, si no aljaba de las flechas, era
 Taller de los arpones de Cupido;
 Con que todos los tiros son mortales
 Afladas las armas en cristales.

Puede que alguno lo entienda; yo por mí confieso que no puedo ni aun adivinar, qué quiere decir que una persona enamorada *no deja el epiciclo elegido por esfera de las divinas luces*, ni cómo este epiciclo *era, si no aljaba de las flechas, taller de los arpones de Cupido*; y ménos cómo *todos los tiros son mortales porque las armas están afladas en cristales*. Entreveo que acaso el poeta quiso decir que Raquel no salia de su habitacion durante la ausencia del rey, que pensaba continuamente en sus amores, que lloraba etc.; pero no estoy seguro de que esto sea verdaderamente lo que intentó; y así estos pensamientos son para mí rigurosamente enigmáticos.

Balbuena en su *Égloga XI* dice por boca de un pastor zeloso:

Oh zelo! que del mismo amor nacido,
 Es tu oficio abrasar vida y contento,
 Y dejar el carbon mas encendido:
 Eres muerte y dolor del pensamiento,
 Fiero verdugo de inmortal contienda,

Donde del bien y el mal nace el tormento.
 Llévame al fin por tan estrecha senda
 Que das imperfeccion en el cuidado,
 Donde apenas caber puede la enmienda.

Prescindamos de que toda esta metafísica sobre los zelos es impropia en boca de un pastor, que no se abrasa una vida ni un contento, y que *verdugo de inmortal contienda* es una expresion vacía de sentido; y digasenos solamente qué puede significar aquello de que el zelo lleva al pastor por senda tan estrecha que le *da imperfeccion en el cuidado*; en el cual cuidado, ó en la cual senda, *apenas puede caber la enmienda*. ¿Qué es *dar imperfeccion en un cuidado*?

CAPITULO III.

DE LA NOVEDAD DE LOS PENSAMIENTOS.

La combinacion de ideas que ofrezca un pensamiento puede ser enteramente nueva, ó ya empleada por otro escritor: en el primer caso es *nuevo*, en el segundo *comun*. Si lo fuere tanto que anduviese hasta en la boca del vulgo, se llama *vulgar*; y si entre el vulgo mismo fuere tan trillado que con frecuencia le repitan aun los mas ignorantes, llega á ser lo que se llama *trivial*. La regla en esta parte es, que *no solo sean nuevos en sí mismos, si ser puede, los pensamientos de cualquiera composicion, sino que á los comunes, vulgares y triviales se les dé cierta novedad, añadiéndoles algunas ideas accesorias no empleadas todavia*.

Veamos el modo de hacerlo, poniendo un ejemplo, que al mismo tiempo dé á conocer la diferencia que hay entre las varias clases que acabo de distinguir. *Todos hemos de morir*. Este es un pensamiento *trivial*, porque frecuentísimamente le repiten aun las personas ménos instruidas. *Lo mismo muere el rico que el pobre*. Este añade ya un contraste que le eleva un poco sobre los rigurosamente *triviales*; pero no pasa de *vulgar*. *La muerte no perdona al rico ni al pobre*. Aquí por las ideas accesorias que excita la palabra *perdonar*, se presenta la muerte como un juez inexorable, cuyos decretos alcanzan á todos, y el pensamiento no es ya vulgar; pero es *comun*, porque ha sido mil veces empleado. « La muerte pá- lida llama igualmente á la puerta de las casas de los pobres « que á la de los alcázares de los reyes. »

*Pallida mors æquo pulsat pede pauperum tabernas,
Regumque turres.*

Este, comun en el día, fué nuevo en boca de Horacio, quien con los contrastes de *pauperum, regum; tabernas, turres*, con el epíteto de *pallida* dado á la muerte, y con la expresion *æquo pulsat pede* con que la personifica, supo hacer nuevo en cierto modo el pensamiento trivialísimo, *todos hemos de morir*. El mismo Horacio le diversificó y rejuveneció, por decirlo así, de mil maneras en varios pasajes de sus obras, y los buenos poetas, cuando hablan de la muerte, hallan siempre nuevos modos de presentar las ideas relativas á un objeto tan comun y conocido. Nuestro Rioja, verbi gracia, expresa en la epístola *A Fabio* el pensamiento *Antes de morir* con toda esta belleza y novedad :

Antes que aquesta mies inútil siegue
De la severa muerte dura mano,
Y á la comun materia se la entregue.

El mismo poeta en la canción *A las ruinas de Itálica*, habiendo dicho primero sencillamente *aquí nació..... Trajano*, y teniendo que repetir la misma idea de *nacer*, supo variarla de esta manera tan nueva como poética :

Aquí de Elio Adriano,
De Teodosio divino,
De Silio peregrino,
Rodaron de marfil y oro las cunas.

Mas adelante se verá el modo de dar novedad á los pensamientos por medio de los llamados *tropos* y de las perífrasis : por ahora pueden bastar estos pocos ejemplos, para que se forme de ello alguna idea.

CAPITULO IV.

DE LA NATURALIDAD DE LOS PENSAMIENTOS.

Los pensamientos pueden nacer del asunto y tener con él necesaria conexion, ó ser traídos de léjos y con cierta especie de violencia : los primeros son *naturales*, los segundos *violentos*, *forzados*, *estudiados*. Si ademas de ser naturales, fuere tan fácil hallarlos, que para dar con ellos baste un mediano talento, se llaman *obvios*, como que se presentan por sí mismos ; y tambien *fáciles*, porque parece que el encontrarlos no le ha costado al autor ningun esfuerzo. Si para hallarlos

fuere necesaria aquella especie de penetracion que llamamos *ingenio*, ó mas bien *agudeza de ingenio*, se les da á ellos mismos el nombre de *ingeniosos* ó *agudos*. Si juntamente con el ingenio se requiere aquel particular discernimiento que se llama *finura*, el pensamiento se dice entónces *fino*; y si ademas hubiere tenido parte en su hallazgo aquel cierto grado de sensibilidad que se nombra *delicadeza*, el pensamiento se llamará *delicado*. Como el ingenio, la finura y la delicadeza consisten en descubrir entre los objetos ciertas relaciones ligeras, casi imperceptibles, y tales que no las hubiera percibido un observador ménos atento, ménos perspicaz, ó ménos sensible; si aquellas en que se funda un pensamiento son demasiado tenues, pasa este ya de ingenioso, fino ó delicado á lo que se llama *sutil*; y si alguno de estos lo fuere tanto, que analizado escrupulosamente, apénas se descubra una lijerísima relacion entre las ideas de que consta, degenerará en *alambicado* : epíteto que se ha dado con bastante propiedad á los pensamientos muy sutiles, porque en efecto se parecen á los tenuísimos y sutilísimos líquidos obtenidos por evaporacion en el aparato llamado alambique. La regla relativa á estas varias clases es la siguiente : *En toda composicion los pensamientos deben ser naturales y no forzados; los obvios y fáciles, siendo por otra parte interesantes, son en general preferibles á los ingeniosos, finos ó delicados; pero los de estas tres denominaciones, empleados con economía, no son reprehensibles sino cuando pasan ya á ser conocidamente sutiles ó alambicados, ó cuando tienen algun otro defecto, como el de la oscuridad, de la cual están muy cercanos.*

Veamos ejemplos que la comprueben y expliquen. Garcilaso tiene en su tercera *Égloga* estos tan sabidos como hermosísimos versos :

Flérida para mí dulce y sabrosa,
Mas que la fruta del cercado ajeno;
Mas blanca que la leche, y mas hermosa
Que el prado por Abril de flores lleno.

Las dos comparaciones, *mas blanca que la leche, mas hermosa que el prado lleno de flores*, son dos pensamientos *naturalísimos* en boca de un pastor, y ademas *fáciles* y *obvios*; pero el primero, *mas sabrosa que la fruta del cercado ajeno*, sin dejar de ser *natural*, es verdaderamente *ingenioso*. Lo es, porque no á todos se les hubiera ocurrido la observacion, no muy obvia, aunque muy verdadera, de que

las cosas que poseen los demas, nos parecen mejores que las que nosotros tenemos.

El mismo Garcilaso, en la *Égloga I.*, hace decir á un pastor hablando de su rival :

Y cierto no trocara mi figura
Con ese que de mí se está riendo;
Trocara mi ventura.

Esto es lo que propiamente se llama fino. Aquello de Virgilio, *Égloga III.*,

*Malo me Galatea petit, lasciva puella;
Et fugit ad salices, et se cupit ante videri.*

Pues á mí la traviesa Galatea
Me tira una manzana; y en los sauces
Corre luego á esconderse, deseando
Que ántes de entrar en ellos, yo la vea;

es delicado. Cuando en el libro 4º de la *Eneida* dice el mismo poeta que Dido, atravesado ya el pecho con la espada, hace todavía esfuerzos para incorporarse, levanta al cielo sus moribundos y errantes ojos, busca la luz, y al verla da un gemido, *ingemitque repertá*, esto último es profundo, fino y delicado. Dudo que en ningun escritor profano haya una cosa mas tierna y mas felizmente imaginada.

Para muestra de pensamientos que, sin llegar á ser sutiles, muestran ya el estudio y trabajo del escritor y no son del todo naturales; puede servir aquel terceto de Rioja en su citada epístola *A Fabio*.

¿Será que pueda ver que me desvío
De la vida viviendo, y que está unida
La cauta muerte al simple vivir mio?

Seria excesivo rigor condenar como sutiles estos dos pensamientos; pero cualquiera ve, que sin haber en ellos verdadera sutileza, no son sin embargo de aquellos de los cuales dice Horacio, *ut sibi quisvis speret idem* (1); y que, *desviarse de la vida viviendo, y cauta muerte unida al simple vivir*, huele no poco al aceite.

Para ver en una sola composicion una serie no interrumpida de sutilezas y alambicamientos, léase la cancion de Garcilaso que empieza: *El aspereza de mis males quiero*, en la cual todo es estudiadísimo, todo metafísica escolástica sobre el

1. Que cualquiera crea poder hacer otro tanto.

combate de la razon y de las pasiones. No la copiaré entera, porque es muy larga y cualquiera puede leerla en el original; pero para prueba citaré la primera estancia, que dice así

El aspereza de mis males quiero
Que se muestre tambien en mis razones,
Como ya en los efectos se ha mostrado:
Lloraré de mi mal las ocasiones,
Sabrá el mundo la causa por que muero,
Y moriré á lo ménos *confesado*.
Pues soy por los cabellos arrastrado
De un tan desatinado pensamiento,
Que por agudas peñas peligrosas,
Por matas espinosas,
Corre con lijereza mas que el viento,
Bañando de mi sangre la carrera:
Y para mas despacio atormentarme,
Llévame alguna vez por entre flores,
A dó de mis tormentos y dolores
Descanso, y de ellos vengo á no acordarme;
Mas él á mas descanso no me espera;
Antes, como me ve de esta manera,
Con un nuevo furor y *desatino*
Torna á seguir el áspero camino.

Sin detenernos en lo de *morir confesado*, que ya han notado otros, tenemos aquí un pensamiento desatinado que arrastra á un hombre por los cabellos, y corre con mas lijereza que el viento por agudas peñas peligrosas y por matas espinosas, bañando la carrera con la sangre del arrastrado; y luego, para atormentarle mas despacio, le lleva alguna vez por entre flores á dó descansa de sus tormentos y dolores; y en efecto el cuitado llega ya á no acordarse de ellos; pero el pícaro pensamiento no le deja descansar ni un rato; al contrario, luego que ve como se va olvidando de sus dolores, torna á seguir el áspero camino con un nuevo furor y desatino. Y bien, toda esta intrincada metafísica ¿quiere decir algo, traducida al lenguaje de la razon? Nada en suma: que un enamorado teme unas veces, y espera otras; que ya desespera, ya confía. Y un pensamiento tan sencillo ¿puede sutilizarse y alambicarse mas, que buscando las remotísimas y casi nulas relaciones que esta situacion de los amantes puede tener con la de un hombre que fuese arrastrado de los cabellos por entre agudas peñas y espinosas matas, y á quien luego llevasen por entre flores y despues le volviesen al áspero camino? ¿Cuánto no es menester devanarse los sesos y alambicar las ideas para encontrar alguna analogía, si la hay, entre esta si-

tuacion física del hombre arrastrado y la moral del amante que pasa alternativamente del temor á la esperanza, y de la esperanza al temor? Como en este ejemplo las expresiones están tomadas en cierto sentido que se llama *figurado*, del cual se tratará largamente en otra parte de esta obra, y ahora no se tiene de él bastante noticia; daré otros ejemplos en que los términos conserven su significacion literal. Además, siendo este punto de la naturalidad de los pensamientos muy importante, y estando llenos varios poetas nuestros de conceptos respectivamente sutiles y alambicados, no será inútil citar algunos otros, para que los principiantes aprendan á distinguirlos de los obvios, fáciles y no estudiados.

Francisco de la Torre, en la égloga *Tírsis*, dice:

Las aguas aumentaba
Con las que derramaba
Tírsis cuitado, de quien es temida
Mas que la muerte su cansada vida,
Cuya probada y rigurosa suerte
Le acrecienta la vida por la muerte.

El pensamiento, *Tírsis* teme mas su cansada vida que su muerte, es *sutil*; el otro, *su suerte le acrecienta la vida por la muerte*, es verdaderamente alambicado, es un refinamiento de la sutileza contenida en la tan sabida redondilla,

Ven muerte tan escondida
Que no te sienta venir,
Porque el placer de morir
No me vuelva á dar la vida.

Jáuregui, en el *Acaecimiento amoroso*, hablando de una ninfa, á la cual se la enredaron los cabellos en un sauce, cuando iba huyendo de un amante que la perseguia, dice por boca de este:

Ella al sentir su estorbo, de manera
Alzó la voz con alarido al cielo,
Que, porque ménos su dolor sintiera,
Sin la seguir, me derribé en el suelo
Diciéndole: « Ya, ninfa, no te sigo,
« Sino con sola el alma enamorada,
« El alma llevas y no mas contigo;
« Modera tu violencia acelerada:
« O ya, si el peso rehusar pretendes,
« Déjame el alma y huye descansada. »

Hasta *modera tu violencia acelerada*, todo es natural, pues las expresiones, *te sigo con el alma, el alma llevas*, son tan

frecuentes en los enamorados, que el hallazgo de los pensamientos que enuncian, no supone ningun esfuerzo ni demasiado estudio. Lo que sigue, es ya conocida sutileza, y además tiene algo de falso; porque el alma no *pesa*, ni el que la lleva, en sentido de ser el objeto constante de nuestro amor, de nuestro cuidado etc., puede él *dejarla*, cuando se le antoje: nosotros seríamos en tal caso los que pudiéramos quitársela, es decir, dejar de amarle, de pensar en él. Y aquí puede verse prácticamente lo que ya queda insinuado, á saber, que casi todos los pensamientos del mal gusto tienen por lo comun algo de falsos.

CAPITULO V.

DE LA SOLIDEZ DE LOS PENSAMIENTOS.

Un pensamiento prueba lo que intenta el escritor, ó no lo prueba: el primero es *sólido*, el segundo es lo que se llama *fútil*. No hay otro término para indicar que carece de solidez. La regla sobre ambas clases es tan general é importante como la relativa á los verdaderos y falsos, á saber, que *todos los pensamientos de una composicion sería deben ser sólidos, y que es preciso desechar los que bien examinados, sean verdaderamente fútiles, por mas que á primera vista nos hayan destumbrado por su brillantez ó novedad*. En este punto es menester mucho cuidado, porque es fácil que el falso brillo de un pensamiento nos engañe, como le sucedió mas de una vez á Ciceron. Por ejemplo, en la oracion que á la vuelta de su destierro pronunció en presencia del pueblo, se empeña en probar que debia mas á este por el beneficio que acababa de hacerle, que á sus padres por el ser que de ellos habia recibido; y da por razon que cuando nació físicamente era *pequeño*, y cuando volvió del destierro nació ya *varon consular*: *A parentibus, id quod necesse erat, parvus sum procreatus; á vobis natus sum consularis*. Este pensamiento es verdadero, claro y muy fácil de hallar; pero al mismo tiempo es *fútil*, y aun ridículo, porque no prueba lo que el orador intenta. Ni ¿cómo lo habia de probar? De que al nacer seamos *pequeñitos*, ¿puede acaso deducirse racionalmente, que un beneficio que se nos hace en edad adulta, excede al de la existencia que debemos á nuestros padres; porque al recibirle somos hombres hechos, y estamos condecorados con alguna dignidad? Y ¿pudiera creerse, si no lo viésemos, que en un